

LABORATORIO SOCIAL: MÉXICO EN GUERRA

Sesión 11.

Seminario PPELA 2017-1: Geopolítica de las dominaciones y las emancipaciones: el capitalismo del siglo XXI.

¿Qué lugar ocupa México en el sistema-mundo?

¿Qué elementos son esenciales para definir la trayectoria de México en los años recientes?

¿Cuál es la perspectiva de dicha trayectoria?

En torno a estos temas generales, les pedimos centrar la discusión en las formas de gobernabilidad (a la Foucault) y sus dimensiones materiales, tanto económicas como de realizaciones culturales.

Cavamos una fosa en el aire donde no hay estrechez

Paul Celan, Fuga de la muerte

*la muerte se muere de risa pero la vida
se muere de llanto pero la muerte pero la vida
pero nada nada nada*

Alejandra Pizarnik, Balada de la piedra que llora

1. México en el mundo, el mundo en México

¿Qué importancia tiene la economía mexicana en el rumbo del capitalismo del siglo XXI? En términos cuantitativos, su peso es relativamente poco, es la economía número 14, pero su PIB no representa ni el 10% del PIB de Estados Unidos, la economía más grande del mundo. En la lista de Fortune de las 500 empresas más grandes del mundo sólo aparecen Pemex, en el lugar 98 y América móvil en el 154. En la lista Forbes de los millonarios del planeta, entre los 100 primeros sólo aparece Carlos Slim en cuarto lugar. La economía mexicana en términos productivos es un polo, que oscila entre la industria de alto rendimiento como la automotriz o la aeronáutica y la maquila; aunque ninguna de las dos es la fuente empleos en el país, ya que más de la mitad de la población con actividad económica produce en sectores informales. Por otro lado, hay un campo devastado, que ha vivido los efectos del libre comercio, en el que su mayor y mejor producto es mano de obra barata para otros campos o para las ciudades. El campo produce migrantes. Los campesinos empobrecidos de las comunidades indígenas se rentan por pocos pesos a grandes producciones agrícolas industrializadas del norte del país o de Estados Unidos. El capitalismo en México expresa radicalmente la lógica de la concentración.

La importancia económica de México es, sobre todo, cualitativa. Es un territorio vasto en recursos estratégicos, como minerales y bienes naturales, además de ser una de las zonas de biodiversidad más grandes del planeta. La economía mexicana no participa en la

disputa por el rumbo de la valorización, se integra a los capitales internacionales, particularmente los estadounidenses, como uno de sus soportes.

Las inversiones extranjeras siguen viendo a México como un lugar propicio para invertir. Porque hay una clase trabajadora disciplinada, que recibe uno de los salarios mínimos más bajos del planeta; porque hay condiciones de opacidad, propias de la corrupción generalizada en todos los niveles de gobierno, que permiten a las inversiones pagar pocos impuestos o no pagarlos. Además, de que suelen firmar contratos de inversión que les aseguran ganancias, aunque los proyectos no se realicen, cuando hay resistencias sociales que no pueda apaciguar el gobierno. El capitalismo internacional encuentra en México un terreno fértil para la renta y la para la valorización.

2. ¿Por qué la guerra?

Si México es un territorio abierto a los capitales, donde estos adquieren grandes ganancias en complicidad con los gobiernos en turno, por qué se ha generalizado una guerra social que, al menos en teoría, afectaría a la economía y a las inversiones, ya que ponen en riesgo los procesos productivos, la circulación de mercancías y reducen las dinámicas de consumo. La pregunta se hace más compleja si pensamos que la guerra sucede en la frontera más dinámica de la economía más grande del mundo, la estadounidense. ¿Por qué una guerra al sur del hegemon?

México se ha convertido en un laboratorio de formas de gubernamentalidad, de formas de control de territorio y de gestión de poblaciones, en las que se combinan las más diversas tecnologías de poder para organizar poblaciones, vía el disciplinamiento por el terror y el miedo, vía por el control de fuerzas soberanas regionales (señores de la guerra locales). El resultado es un diseño de territorios, a través de la fragmentación radical tanto horizontal como vertical. Los territorios en México están literalmente diseccionados, divididos en capas de beneficios estratégicos, donde se combinan distintos procesos económicos, algunos revestidos de legalidad otros de un capitalismo en las sombras.

El capital no avanza de la misma manera, no es una máquina que lo devora todo por igual, necesita organizar los elementos en función de su carácter estratégico para la producción; por eso divide en capas a los territorios, para asegurar la convivencia y pervivencia de distintos procesos económicos. Pensemos en geografías como las del estado de Guerrero, donde conviven, en una misma región zonas de cultivo de amapola, con actividades mineras, con proyectos de privatización del agua, con proyectos de infraestructura carretera, con laboratorios "clandestinos" de drogas sintéticas, con venta de estupefacientes al menudeo y mayoreo, con tráfico de personas. El diseño de territorios y la gestión de poblaciones es clave para que esto suceda.

¿Qué hace posible la guerra, cuáles son sus bases materiales? La guerra social que vive México tiene más de dos décadas instalada, es 1994 el año de inicio de una forma de gubernamentalidad que encuentra en el exterminio de poblaciones su forma de realizarse. Primero fueron los insurgentes indígenas del sur, después sectores selectos de poblaciones, como las mujeres, que desde entonces enfrentan una política de exterminio sistemático y selectivo, después fueron los miembros de movimientos sociales opositores. Todo esto ha sucedido en una dinámica de aumento tendencial del gasto en seguridad y el gasto militar. Lo que se traduce en la diseminación de las lógicas de contrainsurgencia, que ya no sólo son ejecutadas por los cuerpos castrenses oficiales, sino por un abanico muy amplio de actores, de señores de la guerra. El caso paradigmático lo representan los Z, una organización criminal que en principio operaba como el brazo armado del cártel del Golfo, hasta que se independiza y establece su propio negocio, expandiendo las lógicas de la contrainsurgencia que aprendieron como cuerpos de élite del ejército mexicano y el ejército guatemalteco. Pero esto lo han replicado de distintas maneras otros grupos, en los que participan de manera activa policías y militares.

Para que esto sea posible es necesario que sean las comunidades mismas las que generen las condiciones para la reproducción de la violencia. No son agentes externos, son las mismas comunidades exterminándose entre ellas o exterminando a las comunidades que no se suman a la dinámica de guerra. El narcotráfico tiene una amplia base social. Son las condiciones materiales de estas comunidades las que alimentan la maquinaria de guerra. Esto no significa que sea la pobreza la causa primera, como suelen afirmar cierto grupo de bien pensantes. México ha sido un país sumergido en la pobreza y nunca había vivido una situación de violencia como la actual.

Entonces la interpretación está en otra parte, en las dinámicas comunitarias desestructuradas, en las vidas colectivas desgajadas, rotas, en las que las condiciones de convivencia encuentran en la violencia su mejor realización: matar o morir, y así construir un pequeño poder, que se expresa evanescente en el entorno. Las vidas colectivas se organizan entre la parálisis por el miedo y el goce de la producción de terror. No hay mejor poder que el poder sobre la vida de los otros, sobre sus cuerpos, y en un horizonte en el que el poder social no tiene otra opción (ya no importa tener un título universitario, no importa ser una buena persona, etc., los viejos modelos de estatus) esta dinámica se generaliza. Ante una vida precarizada al extremo, el ejercicio de la violencia es una buena opción para ganar un espacio social. Esto hace de la violencia algo cotidiano, ejecutada por nuestros vecinos, por las personas cercanas; ya no es una dinámica excepcional de grupos ajenos a las comunidades, la guerra es cotidiana, contigua, silenciosa, está en el umbral de las puertas de nuestras casas, de nuestros espacios de trabajo.

Esto no quiere decir que haya un narcoestado, o un estado infiltrado por el narcotráfico. Ante lo que estamos es una nueva forma de gobierno, que encuentra en la dinámica criminal su lógica. Que construye soberanías de verticalidad, que aseguran un reparto

diferenciado de las ganancias y de los espacios de poder. Por muy generalizada que sea la violencia como forma de construcción de un espacio social de diferencia por estatus, los grandes beneficios se concentran en pocas manos, no es una fuente que baña a todos por igual. Los beneficiados son un grupo selecto de políticos y empresarios, que ante el disciplinamiento de poblaciones y el control de territorios obtienen millonarias ganancias, que no tienen empacho en ostentar obscenamente ante los ojos de un país que desangra.

La clase política se ha reconfigurado, al interior de un aparente conflicto, hay acuerdos tácitos de respeto, de complicidad e impunidad, que permiten que la máquina de guerra como máquina económica no pare. México es el futuro.